

ORANDO CON LA PALABRA

(33º Domingo. Tiempo ordinario)

“ Algunos ponderaban la belleza del templo, por la calidad de la piedra y los exvotos. Jesús les dijo : ” Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra, todo será destruido “. Ellos le preguntaron: “Maestro, ¿Cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?”. Él contestó : “Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usando mi nombre diciendo: “ Yo soy” o bien “el momento está cerca”, no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá enseguida “. Luego les dijo: “Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos y, en diversos países epidemias y hambre. Habrá también espantos y grandes signos en el cielo. Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a los tribunales y a la cárcel, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre, así tendréis ocasión de dar testimonio. Haced propósito de no preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestro padres y parientes y hermanos y amigos os traicionarán, y matarán a alguno de vosotros, y todos os odiarán por causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá, con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas”.

(Lc. 21, 5-19)

El texto de Lucas, con un inusual lenguaje apocalíptico, hace referencia a futuras situaciones catastróficas, persecuciones y conflictos familiares, para acentuar la necesidad de mantenerse firmes en la dificultad, de ser testimonio claro, precisamente en los momentos más difíciles.

Ciertamente que, en el acontecer cotidiano, en el contexto conocido en el que nos desenvolvemos habitualmente es fácil expresar la fe. Quizás tendríamos que preguntarnos cómo es la reciedumbre de nuestra fe cuando realidades personales, heridas existenciales, situaciones percibidas como injusticias personales y/o colectivas o cualquier acontecimiento que nos descoloque radicalmente por dentro, hace tambalear y por tanto se desdibuja, el testimonio de nuestra fe.

La Palabra, vuelve a invitarnos, desde el silencio y la serenidad, a tomar el pulso a nuestra fe, ¿Acogemos humildemente nuestra fragilidad y afianzamos la convicción de que el Señor sigue fortaleciendo nuestra fe?.

¿Seguimos mostrando fidelidad y fortaleza cuando el dolor, la injusticia, las sombras debilitan el compromiso y la esperanza?. ¿Damos testimonio personal y colectivo a pesar y por encima de las dificultades, porque vivimos enraizadas en la fe y sostenidos por su Presencia?, Que, a su luz y en su paz, dejemos que el Señor reavive nuestra fe.

ORACIÓN

Como cada día,
me abro a tu Palabra y a tu Presencia,
para que tu serenidad

se haga sosiego en mí
y me ayude a reencontrarme
conmigo misma,
con lo que temo y lo que sueño,
con lo que Tú deseas para mí.

Hoy, Señor vengo a ti,
porque me siento débil en la fe.
Porque necesito
que Tú vuelvas a enraizarme,
en tu vida y tu fortaleza
que me sostienen, me alientan,
y recrean en mí, la esperanza.

Porque me resulta fácil, Señor,
creer en ti
y anunciar con pequeños gestos ,
tu rostro,
cuando la vida me sonrío,
cuando florecen proyectos
y descubro y agradezco
cada mañana,
una ilusión nueva.

Pero hay momentos,
quizás demasiados,
en los que la parcialidad
y el egoísmo,
la competencia y el poder
generan indignación
y desconcierto,
y parece que la fe se tambalea
y el testimonio se hace opaco
y confuso.

Hay momentos,
pocos, pero duros,
en los que el sol se esconde
y se hace la noche
y todo parece envuelto
en la nube del sinsentido
y en la espiral de la duda.

Y mi fe , languidece
y mi vivir mediocre
no genera vida ni interrogantes.

De nuevo, Señor,
nos abrimos a tu Palabra
y a tu Presencia.
Necesitamos seguir encontrándote
en las dificultades del camino.
Reconocer que nos acompañas
incluso en nuestras propias incoherencias.
Descubrirte cerca,
compartiendo el dolor
de un mundo violento y roto.

Necesitamos
que tu presencia,
se hagan serenidad y luz
para respirar tu misma paz,
para que, sosegados en ti,
podamos responder ante las dificultades
que la vida va presentando
con el gesto firme,
sencillo y sereno,
que brota de la seguridad
de que Tú estás también ahí,
en el barro y el sinsentido,
en el temor y en la noche
acompañando, compartiendo,
bendiciendo, salvando.
Que nuestra vida personal
y colectiva,
sea en la luz y en la sombra
en el sosiego y la inquietud,
en la alegría y el desconcierto,
testimonio creíble
de que Tú eres el Dios de la Misericordia
que nos amas y nos salvas.

Amén.

(Hna. Oyonarte)

